



editorial

Doi: <http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.cpaz.2015.2.a00>

Ya ha pasado la tormenta y los ánimos se han apaciguado, el malestar fue desatado y ha quedado en el ambiente la incomodidad que, como tantos otros, este fue sólo una discusión de moda que con el mismo ímpetu que se instala en el centro del debate, desaparece sin dejar rastro. Nos referimos a la controversia suscitada a propósito del lanzamiento de una convocatoria de Doctorado de Colciencias en la que se anunciaba que los fondos estarían destinados principalmente a las llamadas ciencias duras e ingeniería y en una proporción mucho menor a las humanidades y las ciencias sociales; al final, ningún doctorado en este campo del saber logró acceder a la bolsa de recursos.

La indignación hizo correr mucha tinta en espacios de opinión y los medios digitales fueron invadidos de indignados pertinaces que invitaban al boicot y de moderados conciliadores que matizaban la imagen apocalíptica del fin de una era que se llevaba por delante las humanidades y las disciplinas centradas en el estudio de los hechos sociales. Algunos recalcan el carácter imprescindible de los análisis sociales en el país de cara al postconflicto; otros, por su parte, reconocían el papel fundamental que juega la educación humanística y social en la formación de ciudadanos con espíritu crítico y juicio analítico. Unos cuantos reprochaban la actitud de la entidad gubernamental, no sólo en la convocatoria, sino en general en toda su estructura de fomento a la investigación científica en el país, recalcando el papel marginal que ocupan las humanidades. De hecho, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en un comunicado rechazó la negativa de la entidad a apoyar su Asamblea General llevada a cabo en la ciudad de Medellín.

Ciertas voces defendían la necesidad de realizar análisis más pausados, desactivando el tono apocalíptico utilizado en muchos medios. Se mencionaba que las ciencias sociales están lejos de su extinción, argumentando que cerca de la mitad de los grupos de investigación en el país trabajan en ciencias sociales y humanidades, o más contundente aún, que apenas en el año 2012 las dos terceras partes del total de graduados en el país fueron egresados de una carrera de ciencias sociales o humanas, un hecho que se mantuvo como tendencia en los años subsiguientes. Algunos sugerían que la medida no era tan grave y que ya se había tomado en otros espacios, aludiendo al publicitado caso japonés en donde el ministro de Educación, Hakuban

Shimomura, solicitaba a los rectores de medio centenar de universidades tomar medidas para recortar las carreras en humanidades y ciencias sociales en beneficio de una promoción más activa de carreras “útiles” y de fácil articulación con la empresa privada.

En suma, en una orilla se encuentran quienes condenan la visión “utilitarista” y “neoliberal” de la educación y la investigación, rechazando el afán de resultados inmediatas y la preeminencia de las leyes imperiosas del mercado, concentrada en la relación eficacia y eficiencia. En la orilla opuesta están quienes defienden la posición de un sistema educativo competitivo, eficiente en términos de inversión y estrechamente vinculado a la empresa privada como estrategia de respuesta a las necesidades “reales” de la sociedad. Una posición muy del tenor a la defendida por Andrés Oppenheimer en su libro *Basta de Historias*, en el que afirma que el gran drama de las sociedades latinoamericanas es su obsesión con el pasado (medido por la cantidad de personas que estudian historia y otras humanidades) y el abandono a una prospección de futuro (medido por el escaso número de estudiantes de ingeniería y carreras de las llamadas ciencias duras); y en medio de esos dos polos, una serie de posiciones intermedias.

No obstante, más allá de la cantidad de opiniones ventiladas en medios y redes sociales, fueron más bien marginales las propuestas que promovieran una revisión del alcance y aporte de los estudios de ciencias sociales y humanidades. Como revista especializada en este campo del saber, sin duda nuestra posición es más afín a la que defiende la necesidad de abordajes críticos, innovadores e imaginativos de la realidad social, de su pertinencia y de su reconocimiento. Gracias a eso es que alentamos el debate y el diálogo abierto e independiente, los análisis pausados y argumentados en los artículos que se publican en nuestra revista, sin ocultar que en algunos de los debates se extraña algún balance crítico y riguroso del tipo de ciencia social producida en Colombia y en América Latina.

¿Qué tipo de respuestas se están brindando? ¿Cuáles son las limitaciones, los alcances y los logros? ¿Qué tipo de sociología, historia, antropología, arte, pedagogía se vislumbra como importante para los contextos locales? La realización de un debate alrededor del balance juicioso del estado de las ciencias sociales en el país está por darse, y quizá brinde argumentos decisivos no sólo para enfrentar

a quienes abogan por su desaparición sino para responder de forma contundente a los problemas, inquietudes y necesidades de quienes habitan estas tierras.

* * *

Este número de la Revista Ciudad Paz-Ando contiene dos aspectos inéditos. Por una parte, es la primera vez que se dedica un número abierto a temas varios, cuyo objetivo es contribuir a la presentación de diferentes temas y ampliar el espectro de los productos investigativos; la expectativa es que al lado de los abordajes clásicos pueda haber cabida para miradas innovadoras y desconocidas en los distintos escenarios del saber social. La segunda gran apuesta de este número es el cambio y renovación de imagen de la revista. Esta transformación de momento es solo externa, e intenta que la identificación del volumen impreso sea más evidente y el manejo de las páginas interiores mucho más sencillo, permitiendo una lectura pausada, así como una identificación más expedita de los componentes de los artículos. De momento la estructura y las secciones de la revista se mantienen y volverán con las secciones tradicionales a partir de próximos números.

Por su parte, este volumen contiene ocho artículos producto de procesos de investigación o de ejercicios de reflexión académica. El texto que abre el número corresponde a un análisis realizado por Lina Vargas sobre la representación de lo Afrocolombiano, la construcción de estereotipos y una idea de racialización de clase presente en la serie de televisión *Azúcar*. Un ejercicio analítico sustentado a partir de las herramientas y conceptos provistos por los estudios culturales.

El segundo artículo, escrito por la mexicana Eugenia Allier, presenta las disputas por la memoria, haciendo en primer lugar un recorrido por diversas apuestas de abordaje del tema y posteriormente centrando el análisis en el Cono Sur durante el periodo post-dictatorial. La relación memoria, violencia y política marca el ritmo del examen y las conclusiones entregadas por Allier.

El tercer documento, escrito por Diego Higuera Rubio, se centra en el análisis de las narrativas del conflicto armado en niños de la capital colombiana. El autor intenta mostrar los efectos que tiene sobre niños de colegio, no

víctimas directas del conflicto, las narrativas construidas sobre la guerra y las representaciones que se tejen alrededor de ella mostrando las contradicciones que se tejen frente al conflicto.

El cuarto artículo, escrito por Diana Vargas y Juan Ruíz, presenta los resultados de una investigación cuyo enfoque participativo, construido a partir de la conformación de una red de huertas en una localidad de la ciudad de Bogotá, demuestra la manera cómo, a través de actividades comunitarias, se promueven acciones de gestión del riesgo, apropiación y recuperación del territorio.

El texto presentado por Andrea Cárdenas aborda el complejo tema de las disputas mineras en Marmato (Cauca). La autora explora los conflictos entre pobladores, entes gubernamentales y empresas mineras, definiendo como punto central de la discusión el carácter cultural –casi patrimonial– de la minería artesanal practicada por estos pobladores, entre otras cosas por el tejido social construido a partir de esta actividad, cuyo modelo choca con el actual perfil de política minera.

Los artículos seis, siete y ocho tiene una orientación marcada hacia temas pedagógicos y de la escuela. El de Luis Caballero hace un recuento a modo de diagnóstico sobre las políticas en educación desde 1980 para contrastarlas con las implementadas en el gobierno del alcalde Gustavo Petro. El artículo de Omar Huertas propone la utilización de la “complejidad social” o pensamiento complejo cuya influencia en la educación puede determinar un tipo de formación específico para la ciudadanía. Finalmente, el artículo de Elcy Bello, Sully Díaz y Jenny Rincón, busca tratar de entender qué tipo de adaptación debieron llevarse a cabo en términos de estrategias pedagógicas en un contexto de conflicto armado en Boyacá durante la década de 1990.

La entrevista a José Manuel Prieto González discute sobre los alcances, problemas y retos del patrimonio urbano construido. La sección desde la cátedra, a través de la cual la revista busca establecer puntos de encuentro con instituciones universitarias y académicas de la ciudad, presenta la discusión entre Álvaro Tirado, Germán Mejía y José Salazar sobre la revolución cultural de los años 60 en Colombia. El número lo cierra la reseña dedicada al texto entregado por Renán Vega como parte del informe de la Comisión histórica de los diálogos de la paz de la Habana.

Para finalizar, basta con mencionar que la Revista Ciudad Paz-Ando desde su primer número ha estado comprometida con la difusión de discusiones académicas críticas, innovadoras y de alto nivel en las ciencias sociales. A partir del próximo número un nuevo equipo de editores asumirá la tarea que hasta ahora se ha hecho con esfuerzo y dedicación. Estamos seguros que el horizonte será el mismo y los resultados inmejorables, a ellos les deseamos suerte en esta nueva labor.